



APÉNDICE

EL TRADICIONALISMO EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVIII¹.



UANDO á principios del siglo actual, calmado el vértigo de la Revolución francesa, empezaron á reaparecer, entre los escombros que ésta hacinara, las ideas católicas y conservadoras, fortalecidas por la misma persecución san-

¹ Para muestra del interés y novedad que puede ofrecer el estudio aun de aquellos períodos más desdenados de nuestra ciencia, reproducimos este erudito y poco conocido opúsculo del Sr. Laverde Ruiz, concerniente á una de las manifestaciones más originales y curiosas de nuestra filosofía del siglo XVIII. Adviértase que el Sr. Laverde escribía en 1868, cuando el *tradicionalismo* conservaba aún restos de su vitalidad en Francia, y contaba entre nosotros un representante tan ilustre como

griente que acababan de padecer, presentóse en la nación vecina un escritor insigne, fervoroso cristiano y profundo filósofo, que, poniéndose á la cabeza del movimiento restaurador que entonces se operaba en el seno de aquella sociedad por tan violentas convulsiones agitada, propúsose afirmar y reconstruir en el terreno de las ciencias morales, como Chateaubriand en el de las Bellas Artes, cuanto la audaz filosofía del siglo anterior había negado y destruido. Tal fué el vizconde de Bonald, antítesis de Juan Jacobo Rousseau. Comprendiendo que del problema sobre el *Origen de las ideas* penden todos los demás problemas filosóficos, y que éstos, á su vez, según que se resuelvan acertada ó desacertadamente, encierran la vida ó la muerte moral de los individuos

el malogrado Caminero. Hoy, después de las solemnes declaraciones del Concilio Vaticano y de la Encíclica de León XIII sobre los estudios filosóficos, el *tradicionalismo* parece haber sucumbido del todo ante la restauración escolástica, renovándose la antigua concordia entre la razón y la fe. No sería extraño, sin embargo, antes muy posible, que la planta *tradicionalista* retoñase el día menos pensado en el campo de la apologética cristiana, y para entonces no serán inútiles los datos y cuerdas advertencias del presente artículo.

(M. M. y P.)

y de los pueblos, sentó Bonald, por base del edificio á cuya edificación aspiraba, una *hasta cierto punto* nueva y peregrina teoría acerca de los objetos y medios primarios del humano conocer. Mas, por aquello de *in vitium ducit culpae fuga si caret arte*, queriendo arrancar de cuajo la cepa de la incredulidad, cayó en el exceso contrario al en que los enciclopedistas incurrieran. Si éstos anulaban el *orden sobrenatural*, él vino á hacer otro tanto con el *orden natural*; si exaltaban más de lo justo el valor de la *razón*, él le desconoció por completo, estimándola potencia esencialmente desorganizadora; si de todo excluían la *revelación*, él la extendió á todo, la constituyó en fundamento de todo saber, proclamando la necesidad absoluta de la palabra para la existencia del pensamiento, y la absoluta necesidad de la enseñanza divina para la existencia del lenguaje. Á sus ojos, la educación social, la *tradición*, era el conducto único por donde recibimos, envueltas en la palabra, no sólo las ideas suprasensibles, pero aun las nociones generales y abstractas, «porque el entendimiento, decía, mientras no oye la

»palabra, permanece vacío, desnudo, de
»suerte que no existe para sí mismo, ni
»para los demás».

De estos principios, desenvueltos por Bonald con aparato grande de erudición y lógica, proviene esa famosa secta filosófica de nuestros días, llamada *tradicionalismo*, que tanto ha influido, de medio siglo acá, sobre el espíritu de los pensadores católicos, particularmente en Francia y Bélgica, hasta el punto de ser, durante algún tiempo, considerada como la *Escuela católica* por antonomasia; escuela fecunda en escritores distinguidos, y que, no obstante sus peligrosas exageraciones, más de una vez censuradas por la Iglesia, ha prestado indudables servicios á la Religión y á la ciencia, contrabalanceando el peso de exageraciones en sentido opuesto, abriendo nuevos senderos á la erudición, á la crítica y á la apologética cristiana, y dilucidando puntos graves y trascendentales de que antes de ella no se cuidaban, ó se cuidaban poco, los filósofos.

Como de ordinario acontece en tales casos, esta escuela, de que fueron ó son todavía glorioso ornamento Lamennais, Riam-

bourg, Bautain, Augusto Nicolás, Bonnetty, Luis Veuillot, Gaume, el P. Ventura de Ráulica y otros muchos, con el transcurso de los años ha ido experimentando bastantes modificaciones, sugeridas á sus defensores, ya por la propia meditación, ya por el estudio de doctrinas distintas, ya, en fin, por sus polémicas con racionalistas y semirracionalistas, en que se pusieron de manifiesto los no leves inconvenientes que las teorías de Bonald encerraban. De aquí el que los *tradicionalistas* se hayan subdividido en varias ramas, según el mayor ó menor alcance dado á su dogma común, la *necesidad de la palabra para pensar*, siendo ya muy contados los que acatan en un todo los dictámenes del ilustre filósofo de la Restauración. Unos refieren aquella necesidad al *pensamiento directo* únicamente; otros la hacen extensiva también al *reflejo*, y no faltan quienes sólo en orden á éste la defiendan, opinando que el hombre, privado de la palabra, no sería incapaz de *ideas*, pero sí inhábil para ejercer su reflexión y reiterar su juicio sobre las que anteriormente poseyese. Hay asimismo algunos tradicionalistas que,

como Bonald, negando á la mente del hombre todo poder de formar conceptos generales é inteligibles, y concediéndole una mera capacidad para recibirlos del exterior, de donde el *exteriorismo*, reputan imposible la adquisición de cualquier género de ideas sin el intermedio de la palabra, ó dígase del magisterio social, prolongación del magisterio divino; en tanto que otros, y hoy son los más, combinando el *tradicionalismo* con el *escolasticismo*, lejos de mirar al alma como pasiva, le atribuyen la facultad innata de abstraer el *universal* del *particular sensible*, y sostienen, con el P. Ventura, que la *tradición* sólo es indispensable para obtener las *ideas* de los objetos de quienes los sentidos no pueden transmitir *fantasma* alguno al espíritu.

Sucesivamente conocidas en España, á poco de publicarse, las obras de los más renombrados *tradicionalistas*, empezando por las de Bonald y Lamennais, y acabando por las de Augusto Nicolás, Gaume y el P. Ventura, y extraordinariamente propagadas las traducciones, casi todas malas, cuando no detestables, que de ellas se han hecho, na-

tural era que influyesen un tanto en el carácter y dirección de nuestros modernos estudios filosóficos y teológicos, á pesar de la pobreza de éstos y del prestigio que Balmes, renovando, aunque no sistemáticamente, las doctrinas escolásticas, alcanzó entre el clero y demás personas que con cristiano intento los cultivan. Condensación magnífica de todas las fuerzas que el tradicionalismo había ido allegando en nuestro suelo, desde su introducción hasta los sacudimientos revolucionarios de 1848, fueron los últimos escritos del marqués de Valdegamas, y especialmente el *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*; libro donde las máximas de aquella escuela aparecen extremadas en el fondo y en la forma, y del cual bien puede asegurarse que no ha dejado huella, ó la ha dejado muy somera, en el campo de la filosofía española, pasando á guisa de meteoro más espléndido que fecundo, como si con él se hubiesen agotado la virtud y eficacia de la *idea tradicionalista* entre nosotros. Tan cierto es esto, que los mismos que un tiempo le ponían sobre su cabeza, los mismos que aun hoy encarecen

su mérito con mayor entusiasmo, son los primeros á tratar con desvío y tener por vitandas las opiniones *ideológicas* que Donoso profesaba. Si hubo momentos en que pareció que éstas se habían apoderado por completo del ánimo de nuestros escritores religiosos, pronto las hemos visto retroceder ante el *escolasticismo*, que, nunca extirpado de los Seminarios españoles, ahora retoña con bríos, merced á las doctas producciones del Jesuíta asturiano Cuevas, *suarista*; del P. Zeferino González, *tomista*, y de Orti y Lara, discípulo fiel de los sabios italianos Liberatore, Sanseverino y Prisco. No se infiera de aquí que el *tradicionalismo* haya acabado ya en España; partidarios tiene, aunque escasos en número, valientes, que todavía, si no nos engañamos, han de trabar más de una batalla con los que en opuestos campos, dentro ó fuera del Catolicismo, militan. Actualmente dan pocas señales de vida; apenas se mueven; el ímpetu de las corrientes *escolásticas* los detiene; pero la influencia francesa, el ensanche de los estudios, la propagación del racionalismo, el movimiento y choque de las ideas, el concurso de los

sucesos, la transformación moral, en suma, que España va recibiendo, más tarde ó más temprano les harán salir á la palestra filosófica y desplegar francamente su bandera, que simboliza, sin duda, uno de los elementos integrantes de la vida psicológica de la humanidad, hoy con frecuencia negado ó desconocido.

Justamente, uno de los móviles que á escribir este artículo nos impulsan, es la firme seguridad en que estamos de que el *tradicionalismo* aún ha de tornar á adquirir importancia en nuestra patria, siendo su presente silencio y retraimiento, como el reflujó de las aguas, un estado variable y transitorio. Profundamente convencidos de que una buena parte de la grandeza de las naciones en la línea científica depende de que su saber sea, en cuanto quepa, indígena y castizo, quisiéramos que todos los sistemas probables que se hiciesen lugar en la Península, encontraran en nuestro pasado algo que, consonando con ellos, les prestase fisonomía española, sin perjuicio de la universalidad propia del pensamiento filosófico. Con esta mira patriótica, superior á todo interés

de escuela, examinando el *tradicionalismo*, hemos tratado de inquirir si podríamos enlazarle á *precedentes* nacionales que en algún modo le relevasen del pecado de importación extranjera reciente, que á menudo suele echársele en cara.

Mas, ¿cómo acariciar semejante propósito, cuando el *tradicionalismo* es de ayer, cuando todavía no ha cumplido un siglo de existencia? ¿Qué pudieron escribir nuestros mayores correspondiente á un sistema cuya aparición ha sido posterior á ellos? Cierto, si de él se habla como escuela categóricamente definida, su origen no se remonta muy allá, y es fácil fijar la fecha de su nacimiento. Pero ningún sistema filosófico se ha elaborado de una vez; ninguno ha sido creación exclusiva de un solo hombre, aun del más original, solitario é inerudito; todos, antes de llegar á formularse de un modo explícito, existían ya, confusa, embrionariamente si se quiere, en la atmósfera del mundo científico, en las obras de los sabios anteriores á aquellos que lograron la fortuna de ponerles el sello de su genio, dándoles vida propia y distinta. De esta ley no se

eximió el mismo Descartes, con todas sus pretensiones de rehacer la filosofía sobre el *cogito, ergo sum*, abstrayéndose enteramente de la sociedad y de la historia. Y, ¿cabe en lo razonable pensar que á ella se substrajese Bonald; que Bonald sacase el *tradicionalismo* de su cabeza únicamente, cuando la tendencia que á esto responde es tan antigua como el mundo?

No era, pues, empeño absurdo el que acometíamos al ir en busca de gérmenes de *tradicionalismo* por la filosofía española de los siglos precedentes. El resultado de nuestras investigaciones prueba que tampoco era vano, á pesar de los estrechos límites á que el aislamiento en que vivimos nos ha hecho circunscribirlas. En cinco escritores peninsulares del siglo XVIII, por diversos títulos notables, hallamos conceptos y proposiciones evidentemente *tradicionalistas*, que, aunque sólo de atisbos é indicaciones sueltas los calificuemos, no por eso dejan de significar bastante en el desenvolvimiento histórico de la ciencia patria, como señales del sesgo que entonces tomaban los estudios metafísicos, ya que no como preludios ó

elementos generadores de una de las más trascendentales evoluciones de la moderna filosofía cristiana.

Con una elegante prefación del docto filósofo é historiador D. Juan Bautista Muñoz, reimprimióse en Valencia, año de 1769, el tratado *De re logica*, que para uso de la juventud lusitana compusiera LUIS ANTONIO VERNEL, arcediano de Évora, ó sea el *Barbadino*, que tanto ruido hizo con su *Verdadero método de estudiar para ser útil à Republica é à Igreja*. Dos capítulos de dicho libro consagra VERNEL á propugnar la opinión de que «*à sensibus primævas ideas ducere originem*», y á combatir las doctrinas opuestas, particularmente las de las *ideas innatas*. He aquí libre, pero fielmente traducido, uno de los principales argumentos que contra éstas alega, el cual, como se ve, incluye las dos más fuertes pruebas de hecho en que los *tradicionalistas* se fundan: «Los defensores de las *ideas innatas*, dice, si quieren atraernos á su partido, necesitan demostrar con razones incontestables que los hombres no han recibido de sus mayores noticia alguna de tales ideas, y que tam-

»co han podido formarlas reflexionando sobre aquellas que, mediante los sentidos, adquirieron. Pero esto se halla en abierta contradicción con la común experiencia; pues siendo cierto que los niños, desde los albores de la infancia, oyen continuamente á las personas de su familia, de quienes reciben las ideas abstractas, y que más tarde ilustran su entendimiento los libros y los preceptores, imponiéndoles infinidad de ideas, no cabe poner en duda que de esas fuentes se deriva cuanto con el tiempo llegan á saber. Un ejemplo lo evidenciará: Figúremonos un hombre que, habiendo vivido siempre entre músicos, cante sabiamente, acompañado de la lira, ó toque con destreza la zampoña, la flauta, la cítara ú otro instrumento cualquiera. Si le preguntásemos quién le ha enseñado semejante habilidad, y nos respondiese que nadie, sino que es músico por naturaleza, ¿quién le creería? ¿Quién no le calificaría de demente?

 »Pues lo mismo decimos del niño. No cesando éste, desde que nace, de oír á otros

»que *le inculcan las ideas de las cosas*, ¿pro-
 »cederíamos racionalmente si juzgásemos
 »que las tiene de su propio fondo, *no en vir-*
 »*tud de la enseñanza ajena?* La experiencia
 »viene en apoyo de esta observación; pues
 »se ha visto que *algunos hombres, criados*
 »*entre las fieras ó sordo-mudos de nacimiento,*
 »si por casualidad aprendieron á hablar con
 »los demás, no sólo *no daban la menor señal*
 »*de poseer aquellas ideas*, sino que, en su
 »modo de entenderlas, *parecian infantes re-*
 »*cién nacidos* ¹».

Hacia el año de 1771, fecha que no consta en la portada, pero que hallamos manuscrita en el ejemplar que poseemos, salió á luz, con dedicatoria al conde de Aranda y un extenso prólogo en que se refieren y desvanecen las objeciones que le opuso el *escolasticismo*, aun antes de que fuera impresa,

¹ *Liber secundus*, cap. iv, páginas 51, 52 y 53. —En confirmación de lo último, trae VERNET en una nota, juntamente con otro caso, idéntico al que veremos en HERVÁS Y PANDURO, el de un mozo de la Lituania, hallado entre los osos, falto de la palabra, el cual, «transcurrido mucho tiempo, empezó á pronunciar algunas y á entender lo que se le decía. Interrogado acerca de la vida silvestre, no supo dar razón de ella, más que nosotros de las cosas que hemos pensado cuando niños».

La Theodicea ó la Religión natural, defendida contra sus enemigos los antiguos y nuevos Philosophos, con demostraciones Metaphysicas que ofrece el Systema Mechánico, dispuestas con método geométrico. Su autor D. LUIS JOSEPH PEREYRA, Doctor en Philosophia y Medicina, Académico con ejercicio de la Real Academia Médica Matritense, y de número de la Portopolitana. La estructura literaria del libro se asemeja bastante á la de los de Spinoza y Wolfio. Por medio de una serie de *proposiciones, demostraciones y corolarios*, perfectamente encadenados unos con otros, partiendo de la verdad de que *el cuerpo humano no es obra del acaso*, nos lleva progresivamente á reconocer la existencia de Dios y sus atributos, la limitación de los seres, la naturaleza efectiva del hombre, y, por último, los principios fundamentales del derecho y de la sociedad, refutando de paso los errores del Panteísmo y del Materialismo. Visto este propósito, fácilmente se comprende que no podía menos de propender al *tradicionalismo* quien, como PEREYRA, afirma rotundamente que «nuestras primeras ideas »traen su origen de los sentidos», que «to-

»das las ideas que adquirimos las recibimos
 »por la vía de las sensaciones». Y, en efecto,
 tendencias marcadamente *tradicionalistas* re-
 vela en el fragmento que á continuación
 transcribimos :

«La necesidad de la Sociedad está tan fun-
 »dada y radicada en el mecanismo del Hom-
 »bre, que los Materialistas únicamente pue-
 »den fingir que lo ignoran, pues están cla-
 »mando á su favor la misma composición del
 »Hombre, la abundancia y situación de los
 »músculos, de la larynge, pharynge, labios
 »y lengua del Hombre, capaz de resolverse
 »y modificarse con diferentes acentos, no sólo
 »expresivos de los afectos, sino también de las
 »ideas, que no se hallan en los Brutos; y
 »aunque algunos Brutos tengan órganos casi
 »semejantes, con la flexibilidad propia para
 »los gestos, como no tienen señales de con-
 »vención ó institución, porque carecen de
 »ideas que puedan combinar, por eso no
 »pueden formar un idioma, según se ve en
 »los niños, y en aquellos pueblos que no
 »conocen los caracteres de la Arithmética,
 »que hacen cortísimas sputaciones, porque
 »los caracteres, aunque de pura institución,

»sirven para fijar y ligar las ideas; y *sin ellos*
 »el Alma sólo tiene una fuerza pasiva; estas
 »señales de institución sólo pueden venir de
 »la Sociedad; el temor mismo de la muerte en
 »una tempestad, en un precipicio, á la pre-
 »sencia de una víbora ó de una bala, es una
 »idea debida á la Sociedad, y que no tiene un
 »niño hasta que se la inspiran. La lengua pri-
 »mera de los niños es la de la acción, ó de
 »los gestos, que es común á los brutos; esta
 »es la única que viene de la naturaleza, no de
 »la Sociedad;

»
 » Una lengua viva y perfecta, y to-
 »das las lenguas originales, sólo pueden sa-
 »berse perfectamente y hablarse mediante
 »la Sociedad, ó por inspiración. Todas estas
 »ideas vienen.... de la Sociedad.»

Catorce años después que la de PEREYRA,
 fué dada á la estampa, en Madrid también,
 otra obra igualmente dispuesta por método
 geométrico, aunque menos descarnado, bajo
 el título de *Principios del Orden esencial de la*
naturaleza; establecidos por fundamento de la
Moral y Política, y por prueba de la Religión.
Nuevo sistema filosófico. Su autor D. ANTONIO